



Al morir Shanghái

Elise Carr

AL MORIR SHANGHÁI

AL MORIR SHANGHÁI

Elise Carr



HERRING PUBLISHERS
MÉXICO

Herring Publishers México, 2018

© Elise Carr, AL MORIR SHANGHÁI

Diseño de la colección:
Oliver Herring

Impreso en México / Printed in Mexico

*A mis padres... Los únicos seres
que han sido capaces de darme
la vida y de revivirme cuantas
veces sea necesario.*

Ansias

Elena veía los decorados de la tienda, todo le parecía estupendo: los colores y las formas de las esferas navideñas eran una delicia, una que ya no podía pagar. Había ido de paseo para recordar cosas de niña; sus padres la llevaban seguido y compraban los muñecos para el nacimiento en ese departamento del centro comercial, todo era precioso allí aunque horriblemente caro.

Todavía guardaba en casa una muñequita que papá le había regalado ese último año, antes de la boda con Poncho, con el pintor Poncho. Más tarde se había separado de ellos, no porque ella quisiera sino porque Alfonso no compaginaba con las ideas de papá y ella tenía que estar del lado de su esposo; aunque los extrañaba. Era pobre: ella y poncho solo podían costear los gastos básicos... nada de lujos, nada comparado a la vida que había llevado antes, cuando vivía en casa de papá y mamá.

Ese día había ido porque era diciembre, el último día del año y necesitaba estar cerca de casa... aunque esta representara el centro comercial. Sabía que papá no la recibiría así que decidió volver a la tienda departamental donde mamá y papá compraban los arreglos navideños. En los estantes más altos habían unas muñecas de porcelana japonesa preciosas y justo al lado una casita de muñecas que a mamá le habría encantado.

Pensó en comprarla, haría algo que estaba fuera de sus alcances, desobedecería a Alfonso y pagaría en efectivo la casa de muñecas. La compró y junto con ella una niña de porcelana. Antes observó cómo se veía dentro de la pequeña nueva propiedad. Combinaba perfecto con la decoración de las diminutas habitaciones, incluso se le veía más lujosa dentro del

cuarto principal.

La casa le recordaba tanto a papá y a mamá... los extrañaba, pero no podía ir a visitarlos porque Alfonso no se lo permitía y ella tenía que obedecer los mandatos de quien era su esposo; además papá le dijo que no volviera nunca mientras estuviera casada con “ese pintor”. Ahora había comprado una casa pequeña que representaba el hogar materno, uno que ahora tenía que permanecer lejos de ella y que no podía visitar. La llevó al piso donde vivía y la escondió en su armario. Le parecía maravillosa.

Poncho no supo de su compra, ni siquiera notó que ella no había pagado el alquiler completo ese mes. Se arregló con la casera y le dijo que pagaría todo la siguiente quincena, así lo hicieron. La casa de muñecas fue llenándose con cosas básicas: una regadera y una estufa y una cama. Eran los juguetes de Carmen, su hija, una niña de cinco años inquieta que había decidido tener porque Alfonso quería que fueran padres pronto y ella obedecía a Alfonso en todo.

Elena solo tenía dieciséis años y todavía se sentía pequeña para tener una niña, quería jugar todavía con juguetes cuando nació Carmen. Continuó jugando a las muñecas cuando llegó su hija, pero le hacía falta el resguardo del hogar materno, la tranquilidad del hogar materno, la confianza de que papá tendría resueltos los gastos y que ella solo tenía que preocuparse por ser niña, una niña de dieciséis años que todavía jugaba a las muñecas.

Alfonso era reconocido, era un pintor famoso entre el medio cuando ella empezaba a dibujar lunares rojos. Había sido su maestro, así se habían conocido: pintando. Algo tan común. Por supuesto que a Alfonso le había gustado ella desde el principio. Fue instantáneo, eso ella lo sabía. Elena se dirigió a la mesa con los pinceles en donde estaba Alfonso tratando de sacar el resto de pintura a una paleta cuando la sintió llegar.

Probablemente percibiría su perfume porque Alfonso

dio casi media vuelta hacia donde ella estaba; más tarde la vio aparecer en la mesa y se le quedó mirando mucho rato. Fue allí, en ese momento, en ese primer encuentro, que ella supo: Alfonso se había dado cuenta que ella estaba allí. No la notó por su talento porque ella no tenía talento para pintar. Le había llamado la atención su forma de vestir, estaba segura. Elena era un tipo de Otaku cultural.

Más que interesarle el manga de la cultura japonesa, le llamaban la atención la pintura, música y literatura de ese país de oriente. Leía a Murakami y experimentaba dentro de su pintura como lo hacía Kosama: con lunares rojos y azules y amarillos por doquier. Se vestía con esos uniformes de colegiala japonesa que salían en las caricaturas, se movía poco eso sí, pero solo bastaba con que ella dirigiera unos cuantos pasitos para que las personas la notaran; no había que ser muy observador para darse cuenta que ella se encontraba en la sala.

Alfonso la vio con su mandil de Sailor Moon y sus zapatos rojos muy al estilo de Dorita en el mago de Oz. Notó los zapatos rojos y más tarde vio sus pinceles con dibujos de Heidi. Debió de causarle gracia porque soltó una leve risita. Ahora todo eso estaba tan lejos, su primer encuentro y más tarde los paseos por la ciudad. Esconderse y encontrarse por las calles así como La Maga con Oliveria.

Luego la boda en ese pequeño restaurante japonés, donde papá y mamá no asistieron y a la que solo los amigos de Alfonso llegaron a la fiesta porque él no tenía padres, ni hermanos, ni pariente cercano que quisiera estar con ellos en ese día. Solo estaban sus amigos, los borrachos del bar. Le dolía acordarse, pero a veces le parecía necesario hacerlo, era un costumbre para sobrevivir entre tanta desgracia. La casa de muñecas era estupenda, quería ponerla de adorno sobre la vitrina, en la parte más alta. Allí para que todos la vieran, pero era imposible, si lo hacía, Alfonso

la reprendería: a veces él era como un papá con ella. Más que su esposa, parecía otra hija de Alfonso.

Entonces optó por sacar la casa de vez en cuando, en los ratos en los que él salía por algún pendiente o cuando iba al taller. Se recostaba en la cama con la casita y jugaba con las muñecas japonesas a que estas se bañaban y se arreglaban para salir. La casa empezó a dolerle, un dolor casi violeta... un dolor triste. Antes de la compra parecía todo marchar con cierta regularidad... se había resignado a vivir sola; con Alfonso sí, pero sola. Ya se había acoplado a la vida de su esposo y a cuidar a Carmen, pero ahora con la nueva casa, la soledad empezaba a causarle mal. En las tardes, cuando Alfonso partía al taller de pintura, ella empezaba a sufrir. Lo hacía con gravedad, quería irse, abandonarlo todo. Dejar a Carmen y olvidarse de Alfonso.

Quería volver a la casa de sus padres. El cargo de niña adulta que había adquirido después de la boda le empezaba a hacer daño. Había tenido que dejar todo, a sí misma también... los disfraces de otaku quedaron en el cajón y después del nacimiento de Carmen dejó de pintar. Después de la compra de la casa empezó a sufrir leves ataques de angustia, o eso dijo el doctor cuando fue a visitarlo. Le dijo que le dolía la piel, que quería arrancársela de tajo porque le estorbaba, sobre todo en las noches cuando Alfonso y Carmen dormían y ella sacaba la casa de muñecas.

Luego dio cuenta de ello: era la casa sí, era eso, ahora lo sabía, pero no podía tirarla porque también la necesitaba. Su amor por ese juguete era enorme, muy grande, era como un amor prohibido porque tenía que esconderlo; podría ser eso, vivía entre amores difíciles, como el amor a sus padres... ese era un amor difícil. No se deshacía de ella porque tenía tantas ganas de volver con sus padres y solo podía hacerlo en esos momentos en los que jugaba a las muñecas y a la casita. Un amor difícil, no podía tirarla.

Tampoco podía irse y abandonar a Carmen, dejar a

Alfonso, todo era una locura. Empezó con las salidas al parque, a caminar. Cargaba a Carmen y salían las dos al jardín... ella se sentaba en una banca y Carmen jugaba en los columpios. Lo empezó a hacer en los momentos más ajetreados del día: después de comer, a las cinco para ser exactos. Lo hacía a esa hora porque Alfonso todavía se encontraba en casa; lo hacía porque solo en esos momentos, a la hora de la comida, podía sentir que Alfonso estaba cerca de ella; solo cuando ella lo alimentaba se sentía casi adulta, como una mujer adulta con responsabilidades de adulta.

Pensó en salir cuando Alfonso se encontrara fuera de casa, en verdad quiso, pero era el único momento que tenía para jugar con la casa de muñecas. Tenía que hacerlo, era un dolor difícil, pero era lo único que tenía del hogar familiar, ese que extrañaba tanto, la única cosa que la mantenía junto a su familia. La casa le habría gustado tanto a mamá... estaba segura que ella la habría comprado.

Pidió al doctor sedantes para cuando estuviera sola. El doctor recetó inyecciones que eran más efectivas que las pastillas. Entonces ella, a solas, con la casa sobre la mesa de la cocina, se inyectaba en los brazos, se dejaba enormes moretones pero continuaba haciéndolo. Podía soportar el dolor físico, pero no el emocional, no el mental. El sedante surtía efecto, algo dentro de ella se iba apagando, algo parecido al dolor materno, al dolor por los padres perdidos. Con el sedante desaparecía el dolor; le dejaban de incomodar Alfonso, Carmen y la vida que llevaba. Podía jugar a gusto. Luego de unos días con los sedantes, las cosas marchaban bien... podía jugar con su juguete en un ambiente parecido a la paz, algo como una especie de calma interior, algo que estaba necesitando desde que se había casado con Alfonso, algo que había perdido luego que dejó la casa de sus padres: la tranquilidad, la serenidad, el sosiego. Se sintió mejor. Pensó que podría volver a casa, que tal vez si hablaba con mamá primero,

si le llevaba la casa de muñecas, tal vez mamá la perdonara y la quisiera de vuelta.

Poco a poco fue convenciéndose, haciéndose a la idea. Así hasta que un día sacó la casa de muñecas y la puso en un enorme costal, partió a casa de mamá y papá. Todavía tenía la llave de la casa, de la entrada, así que abrió y entró. Allí estaba mamá... en la cocina, como siempre. Mamá se sorprendió al verla, sufrió un leve susto e inmediatamente le pidió que se fuera. Entonces Elena sacó del costal la casa de muñecas, le dijo, es un regalo para ti. Mamá se quedó quieta frente a la casa, no decía nada, contemplaba la casa... era justo como las que ella tenía en el recibidor, de la colección solo faltaba esa. Elena moría de impaciencia, quería saber qué pensaba mamá, pero mamá estaba muda, viendo la casa, analizando si permitiría que Elena se quedara... tardó varios minutos en contestar.

Lo hizo, pero primero preguntó con qué dinero había comprado la casa. Elena dijo, con ahorros, además todavía la debo. No era verdad y mamá lo sabía. Estaba segura que Elena había desobedecido "al pintor", eso le gustó. Después mamá levantó el brazo y lo colocó sobre el hombro de ella, más tarde acarició la espalda de Elena y se detuvo allí un rato. Elena, había sufrido, ya no era la niña otaku, definitivamente había sufrido y había tenido que cambiar, había madurado en el proceso y sobre todo, había desobedecido al pintor, había madurado.

Le dio unas cuantas palmaditas en la espalda y finalmente dijo a Elena: es muy bonita. Mamá acomodó la casa en un lugar visible, en medio de la sala para que todo el mundo la viera. Elena se sintió orgullosa, a mamá le había gustado la casa. Más tarde tomaron café, hablaron de Alfonso y de Carmen. Mamá se enteró que tenía una nieta. La tarde pasó lentamente, sin contratiempos.

Papá llegó en la noche, Elena continuaba sentada en la mesa de la cocina con mamá. Papá la vio e inmediatamente pidió

que se fuera, así como mamá. Mamá intercedió, dijo que Elena había traído un regalo y le mostró la casa de muñecas, después dijo: ha comprado una casa para nosotros... papá la vio, no dijo nada tampoco al principio. Luego abrió la boca y preguntó: ¿La compró el pintor? Elena no sabía qué contestar, cuál era la respuesta correcta. Optó por decir, Sí, Alfonso compró la casa con ahorros, es un regalo de Alfonso para ti. Entonces hizo la misma pregunta que mamá: ¿de dónde sacaron el dinero para comprarla? Elena dijo lo mismo que a mamá, que habían estado ahorrando durante meses.

Entonces papá supo lo mismo que mamá, que Elena había desobedecido al pintor, que Elena había sufrido y que su dolor estaba enfrente de él, que su dolor era el hogar materno.

Papá caminó hacia ella, la miró a los ojos y le dijo... puedes venir a la casa. Elena se levantó de la mesa, corrió donde papá estaba y lo abrazó por la espalda. Papá se quedó mudo, callado, permitió que Elena lo abrazara y llorara en tanto él contemplaba la casa de muñecas. Es una casa bonita, dijo papá. Después Elena partió con Alfonso. Ya no necesitaba la casa de muñecas, ya no le hacía falta; sentía como si hubiera recobrado parte de su alma, algo de su vida se había restablecido, ahora podía vivir en paz. Iría con mamá y papá de vez en cuando, llevaría a Carmen también; los visitaría y jugaría con la casa de muñecas en casa de mamá y en casa de papá. Todo estaba bien ahora.

Ella tiene vida

Mi pierna y yo no nos queremos desde hace tres años. Ella anda casi siempre en dirección contraria a mí. No me engaña, yo sé que ha encontrado la libertad que yo no le di nunca; me esquiva... cuando caminamos ella siempre tiene un pretexto para hacer un medio círculo hacia adentro, uno pequeño, pero bastante notorio.

Me avergüenza, me hace quedar mal ante los ojos de los otros que nos miran; siempre nos miran, primero a ella que se aferra en llamar la atención de los transeúntes en la calle y después a mí, inmediatamente a mí. Ellos me culpan, yo lo sé, me miran como si yo hubiera hecho algo en contra de ella, como si hubiera cometido un error, algo espantoso.

No siempre fue así, hubo un tiempo en que nos quisimos, que seguíamos juntas el camino literalmente, andábamos literalmente juntas, siempre juntas; tenía esa sensación de que es así como debe ser, que debíamos estar juntas, que eso era parte de la normalidad y la rutina, parte de la cotidianidad de todo ser humano, no debía esperar otra cosa más que esa porque eso es lo que esperan todos de sí mismos, que el cuerpo funcione y haga su trabajo; nos movíamos como si se tratara de una, de mí, solo de mí; andábamos sin cansarnos, sin fatigarnos, seguíamos el compás del movimiento, la música silenciosa de las pisadas, la cadencia armoniosa que el ritmo de los músculos y huesos desprenden.

Ella me seguía, yo le decía cómo continuar y qué hacer para lograr avanzar y entonces ella obedecía sin reparo alguno, sin ninguna queja. Luego empezó a fatigarse, a acalambrarse y comenzamos a hacer pequeñas pausas para que ella pudiera descansar y lograra recuperarse; ella reiniciaba los pasos luego de

un rato paradas en la calle. Entonces yo empecinada en un trote más rápido, empecé con las exigencias: la regañaba.

Ella me desesperaba, me molestaba que fuera tan lenta, que se empeñara en ponerse rígida con el movimiento y comencé a azotarla contra el suelo, a maltratarla. Luego de ello, ella adquirió individualidad, se volvió autónoma, se apartó de mí, me olvidó, comenzó a odiarme, me odiaba, me odia; luego ya no hizo las ondulaciones adecuadas para caminar y empezó a obligarme a detener la marcha varias veces. Allí fue el quiebre, ella decidió no hacerme caso nunca más y más tarde me torturó en las noches: de madrugada se acalambrraba y entumecía repetidas veces; en más de una ocasión me desperté sudorosa y con la sensación de haberla perdido, como si se hubiera ido, como si ya no fuera parte de mí y ya no lo era... ella se vengaba de mí y de mi trato, me hacía sufrir intensos dolores que circulaban a lo largo y ancho de los músculos; así varios días hasta que uno en particular me hizo gritar y considerar la posibilidad de arrancarla de mí y mandarla lejos.

Le rogué que dejara de provocarme ese sufrimiento y lo hice repetidas veces en repetidas noches pero ella no se apiadó nunca, más la vida se volvió un infierno. Más tarde comenzó con las ondulaciones hacia adentro, a hacer movimientos no contemplados para esa parte de mi cuerpo, a desplazarse en direcciones contrarias a la mía, a andar hacia afuera cuando yo quería caminar hacia adentro y a andar hacia adentro cuando yo quería hacerlo hacia afuera.

Más tarde la descubrí realizando movimientos repetitivos y continuos como si se tratara de una taquicardia, un músculo alterado que habitaba en mí, mi músculo alterado, ella. Solía hacerlo en las horas de labor, cuando todos podían vernos, cuando mis compañeros de trabajo y yo almorcábamos en la cafetería. Ella se apoderaba, se apoderó de mi vida, de toda mi vida. Cuando

quería andar y moverme hacia cualquier lugar, primero tenía que observar su postura, primero tengo que preguntarle si quiero andar porque de no hacerlo era, es muy seguro que caigamos al suelo; a ella, por supuesto, eso no le importa; se volvió necesario pedirle permiso para caminar, era, es necesario que yo le pregunte si está dispuesta a dar el siguiente paso. Un día me cansé, me agotó ella y la situación, acudí a un especialista.

El médico me dijo que debía hacerme unos análisis. Entré en la cápsula del tiempo, en ese aparato que parece nave espacial, ese que es blanco y hace ruidos extraños cuando uno está adentro esperando lo peor, siempre lo peor; entramos ella y yo y nos acomodamos sobre la cama, allí parecía que iba a obedecerme.

El ultrasonista dijo, trate de no moverse, y así lo hice, pero ella no nos hizo caso ni a mí ni al ultrasonista. Comenzó a inclinarse hacia adentro y a causarme dolor. El joven apareció para decirme que el estudio había quedado mal y que tendría que volver al día siguiente. Así lo hice, lo hicimos, pero esta vez pedí al joven que amarrara la pierna de tal forma que esta quedara derecha. Permanecí lo más quieta posible y ella, inmovilizada, trataba de estropear los resultados del examen.

El análisis salió bien. Volví con el médico quien examinó las pruebas. No encontró nada, los estudios no indicaban complicación alguna, así que mandó realizar otros experimentos, unos con electricidad, con corrientes. El doctor experimentaba con nosotras como siempre pasa en un consultorio médico cuando no saben qué es lo que sucede.

Entonces el nuevo practicante, clavó agujas a lo largo de la pierna, encendió la corriente, luego esperó a ver los resultados... escuché lo que no quería escuchar, No se mueva para que salga bien el análisis, y traté de hacer lo que el médico indicaba, pero ella ya tenía decidido que no permitiría que aparecieran los resultados del estudio. Comenzó a temblar y los *tens* de la corriente me

acalambraron; corrió a lo largo y ancho de la pierna un dolor tan fuerte que me paralizó y tuve ganas de gritar. El nuevo practicante apagó la corriente, no pudo continuar, no había mucho que hacer más que esperar a que cesara el dolor. Indicó otra vez, No debe mover la pierna para que se logren unos resultados adecuados. Eso no puedo hacerlo, no puedo, no le prometo nada, no puedo hacerlo.

Entonces tendré que colocar anestesia local. Y así lo hizo, abrió el paquete de la aguja y la insertó con un líquido transparente dentro de la pierna. Ella dejó de moverse, estaba dormida. El joven encendió nuevamente el aparato y realizó el estudio. Salió bien. Volví con el médico que me había pedido realizar las pruebas. Nada, no encontró absolutamente nada. No tiene nada, dijo.

Y entonces salí del consultorio con un vacío en el estómago; nadie me había dado razón de lo que acontecía, no tenía remedio. Volví, volvimos a la casa, yo desesperanzada y ella triunfante, había ganado, me tenía a su disposición y podía hacer de mí lo que ella quisiera. La situación continuó así los siguientes meses: traté de realizar las cosas que siempre hacía, pero ella comenzó a complicarlo todo un poco más cada vez. Un día en particular ya no pude conducir más, ella se negaba a permanecer en el pedal de freno, se retorcía hacia adentro de tal forma que sólo podía apoyar el tobillo del pie y lograba adormecerse de tal forma que era imposible enderezarla y volverla a su posición normal. Ahora me niega las salidas, incluso laborar es imposible.

He pedido la suspensión de las labores en el empleo y mi pronta jubilación por antigüedad en la empresa. Estoy en casa, sola, y a ella le agrada mi soledad; sé que la disfruta, no hay peor ser humano que una pierna enferma.

Anoche ha hecho lo peor de mí, me ha convertido en un objeto más de la casa... ya no puedo levantarme de la cama, ella no se mantiene en pie, tengo que arrastrarla si quiero moverme,

se ha vuelto horrorosamente perezosa, ya no hay distinción entre mí y el sillón de la sala. Ella no se commueve de mí, se hace la muerta, moriremos las dos en esta casa. He levantado el teléfono para avisar a mi familia que venga a recogerme, les he contado que ella me tiene atada a la cama, les he dicho que ella ya no me permite vivir y que debo pedirle permiso para todo.

Mi hermana atiende mi llamado: hacemos cita, llegará al día siguiente a medio día. Esa noche le he vuelto a pedir que cese, la he tratado de convencer, pero ella no me atiende. A la hora convenida llega mi hermana, entra en la recámara, nos mira, me mira. Ha decidido lo que es mejor para mí amputarme la pierna. Mi hermana inicia el proceso, saca de su maletín algunos instrumentos de quirófano, ella es médica, de esos que se entiende bien con los cuchillos. Me ha preguntado si quiero estar despierta o dormida, si quiero anestesia en la pierna.

Despierta, quiero que ella se dé cuenta que soy yo la que manda, no uses la anestesia. Mi hermana hace líneas en la piel e inmediatamente después saca un enorme escalpelo y lo rocía con algo. Incrusta, perfora la epidermis, dermis, ipodermis, hueso. Entonces la pierna enferma percibe algo dentro de sí, inmediatamente después se duele, sufre, sé que pide piedad porque no deja de acalambrarse; se mueve fatigosamente, se retuerce, la sangre la salpica, me salpica, hay algo marrón expandiéndose entre las sábanas de la cama. En un momento ella nada entre la sangre, se está muriendo. Se muere. Mi hermana sutura, desinfecta, me recompone, me separa de la cama y me coloca en una nueva posición. La aparta de mí, ahora puedo verla desde afuera, me compadezco de ella, siento pena, ahora se ve tan indefensa y ensangrentada, como un niño que ha nacido muerto.

He pedido terapia, tengo una nueva pierna de hierro, nos entendemos, caminamos juntas, me entiende y la entiendo, seguimos el ritmo cadencioso de las pisadas, estamos bien.

Al morir Shanghái

Nueve en punto.

Noche.

“Voy a violarte”, me dice en tanto me acaricia las nalgas con la mano izquierda el hombre que pasa detrás de mí; luego continúa caminando y se pierde en una calle más adelante. Miro asustada la hora, son las nueve de la noche, hoy ha sido igual. Ese hombre viene, me toca y acto seguido continúa su camino hasta que no lo veo más. No puedo esconderme, no hay más recorrido que este para llegar a casa, no puedo regresar más temprano tampoco... estoy atrapada.

Todos los días viene y hace de mí una piltrafa, me amenaza, me asusta, me hace pensar en si debo o no volver del empleo, si podría quedarme a dormir en la oficina. He platicado con amigos, me han acompañado, han caminado conmigo el mismo trayecto pero él no aparece cuando alguien me acompaña, ellos han dejado de creerme. Los compañeros en el trabajo me miran como si estuviera loca, ya no creen la historia del hombre que todas las noches amenaza con violarme y nunca lo cumple; hacen bromas de mí y la situación: a veces preguntan “Ey, ¿ya te violó?” o “Deberías invitarlo a cenar”.

La situación se ha vuelto terrible, más que terrible, se ha convertido en un infierno que se repite todas las noches y que comienza cuando al día siguiente vuelvo a despertar. He pensado, tuve el fin de semana para decidir qué pasará cuando lo encuentre otra vez. Subo la colina como es mi costumbre, miro el reloj, las nueve... no tarda en llegar, en cualquier momento aparecerá de la nada y me acariciará las pompas con sus horrorosas manos. Así lo

hace. Aparece, como siempre, cuando no estoy lista, cuando no hay nadie, cuando estoy sola y vulnerable. Esta vez es diferente, yo soy diferente, soy fuerte. El hombre me dice “Voy a violarte”. Hazlo, viólame.

El hombre me mira como si fuera yo una muñeca de esas que se inflan y no una persona, me toma del brazo, me arrastra hasta los matorrales, me azota contra la tierra, me baja las bragas, me penetra, me viola, me llena de semen y de sangre, mi sangre. NO he puesto resistencia alguna, así será más fácil, dolerá menos, pero todavía así mi cuerpo no atiende mi orden y se niega a la penetración causándome un dolor agudo entre las piernas. Inmediatamente después se sube las bragas y desaparece, no volveré a verlo más, siento alivio. Me levanto, finalmente todo ha acabado. Llego a la casa, me baño, desinfecto, visto. He tomado una pastilla anticonceptiva, la he comprado con días de anticipación, no quiero embarazarme. He llorado, no por el hecho sino porque yo misma lo he buscado, he esperado hasta que él ha llegado a manosearme y abusar de mí, ha sido consensuado, él me ha violado y yo no he puesto resistencia, solo mi cuerpo ha dicho que “No”.

He estado de acuerdo en el hecho, solo mi cuerpo ha dicho, “No”. Al día siguiente, en el empleo, me han vuelto a preguntar “¿Ya te violó?” He dicho “Sí, me ha violado”. Ellos ríen, creen que he bromeadido. Yo también río, nos reímos todos, algo se deshace dentro de mí, se muere, soy yo, “No me violaron” me digo, lo repito para mí misma y me lleno de tristeza. No podría esperar otra cosa. Entonces ellos comienzan con las bromas, todos los días preguntan lo mismo una y otra vez “¿Hoy te ha violado?” Yo digo NO, repito no una y otra vez y río como ellos ríen, todos los días es así, yo río e inmediatamente siento que algo se muere, soy yo. No podía esperar otra cosa.

Las bromas continúan, se ha vuelto costumbre tratar el tema de la violación en el trabajo, me he convertido en la burla de

los compañeros. He decidido, ellos no me creen, no me creerán nunca así que he tomado otra decisión. No van a creerme, yo misma no lo creo, no me creo, ya no me creo, no me defendí, no me defiendo. Camino como es mi costumbre al llegar a casa, pero esta vez lo hago más tarde, en otra zona, una que no es mi casa y que solo las prostitutas transitan; me he vestido con ropa ajustada, me he maquillado en exceso, me he puesto tacones y ahora estoy parada frente al bar. Un hombre me mira desde el interior de su auto, me ha preguntado mi nombre “Shanghái, soy Shanghái”. El hombre ríe y yo también río, “Me gusta tu nombre, súbete al carro”. Así lo hago, me lleva al motel, paga, entramos.

El hombre inicia el rito, se desviste, inicia la penetración y entonces comienzo con los gritos, lloro; el hombre se asusta, no sabe qué es lo que me pasa, pero continúa, me obliga como el otro, me penetra forzosamente como el otro, me desgarra la ropa como el otro, tampoco quiero como con el otro, pero esta vez forcejeo, me defiendo, lo muerdo, grito, lo maldigo; me tapa los labios, me muerde, me golpea la nariz, me jala los cabellos; sangro como la otra vez, pero en esta salen fluidos de todas partes: mis ojos, mi nariz, mi boca, mis brazos, mi piel, toda mi piel, todo mi cuerpo es llanto, yo soy llanto. Me han violado, esta vez me han violado, me retuerzo de dolor, sufro intensamente, lo maldigo. El hombre se viste, toma sus cosas y desaparece. Me han violado, me digo, me han violado. Permanezco en la cama un momento, solo un rato. Me han violado, mi cuerpo no lo ha permitido, yo tampoco, yo tampoco lo he permitido, yo tampoco. Me levanto de la cama, siento paz, me han violado, no lo he permitido.

Al día siguiente voy al trabajo, todos me miran, miran mis golpes en el rostro, en la nariz, en los labios, en todas partes de mi cuerpo. Ellos dicen “La han violado”. Yo digo “No, nada ha pasado”. Me siento en mi lugar de trabajo e inicio la rutina de todos los días. Sonrío para mí, tengo paz.

Historia en un acto Palabras del masturbador anónimo

Por si no lo sabe, un orgasmo, uno solo, dura ocho segundos y con verga, nueve.

Una pucha es esto: Una vaina chicharera en donde cada aterciopelada bolita es el inicio del coito y final del orgasmo. Diminutos enlaces químicos que hacen explosión con el más leve movimiento. Para saber cómo la pucha llega al orgasmo hay que masajearla repetidamente pero con intervalos de un segundo, el movimiento debe ser breve y alargarse entre toda la vaina; se hace despacito, hasta que cada una de las celulares esferas se inflame, engrose y se le aprecie un color rojizo, casi morado como el de las jacarandas queretanas. Entonces la vaina completita se hincha y los enlaces químicos se vuelven perceptibles ya no solo al tacto sino también a la vista.

El calosfrío inicia trepidante entre las piernas y va acaparando todo el cuerpo, sube por los muslos hasta que llega al principio de la espalda. Los senos se estremecen y ese frío de entre las piernas se encuentra ahora en los ya ennegrecidos y pigmentados pezones. En ese momento destila el cuerpo un agua espesa con olor a caracol, el líquido transparentoso que al tacto con el desodorante, el jabón y la crema, se vuelve la esencia de Pedrita.

Hueles a Mary Kay, susurra Abraham mientras le chupa con los labios el cuello. El masturbador metálico de Abraham toca los únicos muros que Pedrita tiene en su cuerpo, va resbalándose

con movimientos redondos y se orilla hasta el final del medio círculo, donde termina el interior de la vagina. Hay entre esas paredes agazapadas de nervios y la vaina chicharera de Pedrita, una reacción tal, que sin el contacto directo de la vaina chicharera y las paredes de Pedrita accionándose al mismo tiempo, ella no puede tener un orgasmo. Y es que en cada nervio de esas paredes, corresponde también a una de las esferas que guarda en el inicio de su sexo, la pucha chicharera. Estamos a punto, pero Abraham pide que espere porque siempre se adelanta. No aprietas, pide Abraham, solo espera. Retoma el camino con ambos dedos e inicia lo que será el final de la sesión. Concentra su atención en los dos primeros puntos orgásmicos de Pedrita. Afuera Abraham acaricia el inicio del clítoris, la primera esfera, en tanto que adentro el masturbador metálico se desplaza en movimientos redondos hasta el tope. Pedrita desfallece.

Así también eran sus presentimientos, así como su sexo... ella sabe que va a llegar, que algo le va a llegar, algo va a ocurrir pero no lo puede explicar. No sabe cómo, ni dónde, ni qué es, solo por lo regular llega. Los ojos de Pedrita se concentran en el no lugar, allá donde no hay nada. Pedrita desaparece, desprende calor. Las cosquillas llegan de golpe y se insertan alargadas en el inicio de su clítoris y los nervios internos de Pedrita. Pedrita palpita, Pedrita palpita, Pedrita palpita, palpita, palpita, palpita, palpita. Uno. Agotada, el corazón, los labios, sus labios se mueven, su cuerpo se espasmosea hasta que la sangre deja de correr como si algo la persiguiera. Abraham detiene los ejercicios y permanece quieto mientras ella vuelve en sí. Un receso leve de diez segundos antes de continuar con el juego. Así, hasta que se desprenden de ella cuatro diminutos orgasmos de cuatro segundos; luego el quinto, el más largo, el más fuerte de todos que la funde como vidrio en el horno. Más tarde se acuestan los dos sobre la cama hasta que pasa la sensación de bienestar de Pedrita.

Luego, Abraham se levanta de un salto y se coloca la peluca estilo Daniela Romo en los años ochenta. Hace mucho que no tengo una verga entre las piernas, Abraham. El sonido de voces e instrumentos hechos a mano en la grabadora resuena en toda la habitación, en tanto Abraham se calza los tacones y la cazadora de piel. ¿De dónde sacaste esa música tan rara, mujer? No me acuerdo bien, creo fue en Pericruz, ¿Por qué nunca me tocas con tu cosita, Abramcito? Y allá en el puesto donde dices que lo compraste, ¿no había mejor música? Son melodías masturbatorias, son para coger, así me las vendió el señor, me dijo, Señito, este es el disco del Kamasutra y es el único que debe ponerse para follar. Abramcito si me insertas, te dejo que me hagas por atrás. NO. ¿Por qué? Porque no y ya, tú ya sabes. Mejor dime ¿cómo diste con ese señor? Pues... era un tipo que estaba sentado en el suelo, junto a los puestos de la carne y yo me acerqué a comprar, entonces fue como un mensaje divino porque me vio e inmediatamente lo puso en el aparato para que lo escuchara. Algo debió intuir sobre mí porque entonces me mostró la portada del disco y ¿qué crees?, es artesanal, es hecho en México, es música del Kamasutra mexicano, mira. Pedrita le muestra a Abraham el disco y este consigue ver dibujadas algunas figuras prehispánicas y símbolos. Y este señor ¿Te explicó todo eso? Sí, me dijo, bueno no me dijo así, así, pero me insinuó que era para coger y me contó que en México también tenemos Kamasutra. Ya veo, bueno, Pedrita, Me voy. ¿Y entonces, te vas ya? Pues sí ¿no? Y yo que creí que te ibas a animar con el disco. Abraham suelta una risita y se vuelve a sentar en la cama. Mira Pedrita, tú ya sabes, además tu disco no es prehispánico, es de un tipo que se puso a hacer ruidos con la boca y a fingir que tenía un orgasmo, según indígena. No sé, yo sí creo que es de nuestros antepasados, además nunca me explicaste lo que no te gustaba, Abramcito. Te dije. No, no me dijiste; me dijiste lo que sí te gustaba, pero nunca me mencionaste que no

terminabas el trabajo; me hubieras explicado y así me ahorro las ganas y el baro. Sí, sí te dije, te he dicho muchas veces y ya me cansé de explicarte. Es que quiero que me dejes tocarte la cosita. Bueno, ¿y cómo se llama el Kamasutra mexicano? Ella emite sonidos con la boca, pero no atina a pronunciar una palabra que se pueda entender... XXHHSSSS SSHHHOOO, algo, me dijo el nombre, pero no me acuerdo. Ahora sí ya me voy, ya me cansé. Pedrita emite un leve suspiro y se enrosca enojada entre las sábanas. Yo sé por qué no quieres, es que a ti en el momento del clímax, por andar flotando, te posesionó el cuerpo de un fantasma coge hombres. Bueno, ¿tienes alguna queja del acostón de hoy? No fue acostón. Sí, fue. NO es acostón si no hay verga. Te gustó ¿no? Sí, me gustó. Eso es lo que importa. Ni siquiera sé de qué color la tienes. Es café. Pero ¿qué tan café? Bueno, no sé, color café. Pero es café oscuro o ¿café claro? Quiero saber qué tan café está. Café oscuro. ¿Muy oscuro? Sí, sí, es muy oscura. Abraham se ajusta la minifalda. En tanto, saca un estuche de pinturas de la marca MAC pirata y un perfume del mercado con olor a rosas.

Pedrita se incorpora de la cama y camina a la ventana totalmente desnuda. Se asoma para observar si ha llegado el amigo de su amante Abraham, otro tipo en turno que le ha tocado esa noche, de esos tipos con los que Abraham se acuesta y que Pedrita no entiende por más que trata de explicárselo.

¿Desde hace cuánto que no te gustan las panochas, Abraham? No, sí me gustan, pero sólo tocarlas y comérmelas, lo demás creo que nunca me ha interesado. La diosa Daniela Romo se enchina los ojos y pinta la línea de los labios en tono negro. Mejor dime si te gustó la falda que me compré. Está chula, pero yo no me la pondría para salir a la calle. No es para pasear, Pedrita, pero dime ¿conoces a las avispas que atacan a otros insectos y les insertan sus huevecillos? Nel, no. Bueno Pedrita, pues esas avispas no matan a sus víctimas, solo les injertan a sus hijitos y esperan a

que el tiempo haga el resto del trabajo. Los huevecillos se hacen larvas y en el proceso van comiéndose a sus huéspedes, estos crecen y el insecto va muriéndose poco a poco y se va deshaciendo y metamorfosándose hasta que al final no queda nada de él. A mí de insectos me gustan las catarinitas, Abramcito, nunca se sabe si son machitos o hembritas, son como los sapos... no tienen sexo. Entonces te decía Pedrita, llega un punto en el que hay tantas avispas en el interior del cuerpo de la víctima que ésta ya no es lo que solía ser y hay un punto en que se transforma en una avispa como aquella que lo atacó. Pedrita, lo que te quiero decir es que yo fui una hermosa catarinita, como tú dices, que se convirtió en una fea avispa. Hubo una que me comió las entrañas y de tanto fue que ahora me gusta. Anda señorito Felacio, di que sí, quédate. Abraham saca de la bolsa un polvo blanco, espejo y credencial de elector. Pedrita, te voy a descifrar el uso de este plastiquito.

Uno, punto y guión: sirve para que los escuincles puedan alcoholizarse en las cantinas sin penitencia y para que malvivientes, o vagos, o cabrones los lastimen sin remordimiento alguno. Dos, punto y guión: sirve para demostrar que no eres de Centroamérica y que nadie pueda llevarte a golpes de regreso a Honduras, eso, si eres un indocumentado de Centroamérica en México que tiene siete años y que trabaja en una cantina. Y tres, punto y guión: el más importante, para hacer una línea de coca, y el cuarto que no sé cuál es pero me llama agregarlo como una cuarta estupidez dentro de este diálogo. Las aletas de la nariz desplegadas asimilan el olor a cocaína, la sequedad de la boca amargada se resuelve en el reflejo de tragarse saliva y el saborcito que el toque le deja en la lengua. Abraham va sintiendo centímetro a centímetro el bienestar del agua. Desfallece, pero no lo suficiente hasta perder el sentido. Permanece sentado hasta que el golpe inicial pasa.

Iniciados los primeros minutos Abraham continúa el relato. Las avispas se comen todo, incluso lo malo que hubiera

quedado de ti, luego te hacen otra persona, te transforman. ¿Cómo será un orgasmo indígena, Abraham? Uno así prehispánico, ¿cómo será señorito felacio? Ya me dejó en el tema y voy a quedar con eso toda la semana, déjame tocarte la verga Abraham, quiero saber si existe o la soñé. Es que es la verga fantasma, existe, sabes que está allí pero no puedes verla. ¿Cuántos tipos de avispas conoces, Pedrita? MMM... dos, las que pican y las que no. No, mujer, hay más, algunas son de color café oscuro y llevan en la cintura una línea blanca que les cuelga hasta las patas. Esas no son avispas, Abraham. Sí, sí son. NO, no son. Bueno, pero se parecen porque también pican, el problema es que no se mueren y siguen martillando. No son, Abraham, no son avispas. Bueno, aquí lo que importa es que una de esas me pescó cuando yo era un chavito de menos de diez años; trabajaba en un bar y allí me vio. Allí no hay de esas avispas, Abraham, esas avispas no van a esos lugares. Sí, sí van, pero llegan a la cantina sin el oloroso uniforme café a incienso y la gruesa línea blanca. Y qué más pasó, sígueme contando. Pues, me sentó en la mesa, me vio y me sentó en la mesa, sacó un polvo blanco así como el de la línea que acabo de hacer e hizo una línea; luego me pidió que inhalara muy fuerte que porque eso me iba a abrir los horizontes. ¿Y te los abrió? Claro, y de qué forma. Y cómo supiste que era una avispa café, quiero decir, ¿cuándo le viste el uniforme? Después, en una de esas en que la avispa asistió a la cantina a darmel del polvo blanco al que yo ya era adicto; la avispa me llevaba churritos, gallitos y otros juguetitos para entretenarme, hasta que en una de esas, fuimos a su casa o casota; tenía un recibidor como para doscientas personas, ¡enoorrme! Y una pinche cupulota grandotota; luego allí en su casa, en el avispero, me transformó en lo que soy ahora y que me he estado convirtiendo. Abraham, ¿sabes que un orgasmo dura ocho segundos y con verga, nueve?

El pecho de Abraham, son dos enormes implantes de

dinosaurio estirados por la cirugía y el ectoplasma que el médico le injertó en la piel. Pedrita los observa recelosa y algo indiscreta al tiempo que Abraham se ajusta el prolongado escote de la blusa. Abraham sabe, pero el voyer de Pedrita hace rato que lo tiene sin cuidado. Demasiadas abdominales, hartísimas dietas para un hombre; la delgadez cuesta y más si se es propenso a la gordura. Sin embargo la falda sigue conformándose viril en el cuerpo de Abraham; todo ello a pesar del estirón y la narizona tremadamente ajustada en la entrepierna. En esto piensa él, casi al tiempo que termina de vestirse con el atuendo de mujer. Pedrita inclina la cabeza en señal de derrota ante las transformaciones que Abraham encierra en su cabeza, sabe que son muchas y que faltan otras más. Ella sabe, algo llegará para Abraham, pero todavía no entiende qué es, en tanto ello suceda, continuará esperando la última de sus metamorfosis.

Las diez en el celular, justo la hora en la que su amigo-amante sale a encontrarse con el otro. Pedrita regresa a la ventana para ver si otro tipo con uniforme café ha llegado a la esquina acostumbrada. Abraham abre la puerta del cuarto de Pedrita y ella, la mujer Pedrita, se queda sola con el cuerpo que no termina de arder.

Bombay

Bombay despertó sintiéndose diferente. Había soñado la noche anterior que moría y sí, había muerto. La Bombay que solía ser estaba muerta. Ciertamente no murió la noche anterior, con el sueño... fue un proceso que poco a poco fue llevándose a cabo.

Primero murió su perro, el primer augurio de que las cosas serían diferentes, más tarde murió su abuelo, el segundo augurio y el último, la pérdida que le dolió más, la de su padre. Esteban, su padre, estaba muerto y no había nada que hacer. Ahora ella tendría que hacerse cargo de la casa. Su madre, la señora María, seguía viva, pero era mayor, muy mayor y había que hacerse cargo de ella.

Bombay no tenía trabajo, vivía con sus padres todavía y eran ellos quienes pagaban las cuentas; incluso María compraba las toallas sanitarias para ella, la acompañaba al ginecólogo y pagaba sus consultas... para tener sexo, Bombay tenía que ahorrar para los preservativos y planearlo con días de anticipación. Había estudiado una carrera comercial, pero no encontraba trabajo en ningún lugar; nadie quería contratarla porque ya era muy mayor, tenía cincuenta años y al personal de esa edad es difícil enseñarle a que obedezca.

Tampoco querían contratarla en los restaurantes por miedo a que se robara la comida; allá donde ella vivía todos la conocían. Era un pueblo pequeño. No era fea, más bien podría pensarse que hasta era bonita e incluso exótica... tenía el cabello rizado, frondoso, abundante, era delgada, de rasgos negroides y piernas muy largas aunque claro, estaba el hecho de que era mayor y en los pueblos eso es un pecado... Además espantaba

a los hombres porque ella quería casarse; expedía su necesidad de boda por todos los poros del cuerpo y en últimas fechas ya nadie la invitaba a salir. Era la “solterona” de allí. Alguna vez salió con un extranjero que venía de Canadá; se parecía a Brad Pitt: era muy guapo. Ese hombre estaba dispuesto a casarse con ella, se la llevaría del pueblo e irían a Canadá, pero Pitt conoció a Conchita, la prima de Bombay y más ya nada pasó. Conchita se fue a Canadá con Pitt y tuvo dos hijos. Ella moría de pena, de dolor. Pensaba, jamás conseguiré marido. Así sería, ella cuidaría a mamá y más tarde estaría sola.

Así se veía, sola frente al balcón donde jamás recibiría una serenata, así se lo habían dicho: primero un amigo, de esos de cama; se lo había dicho en una de esas ocasiones en las que ella había ido a su casa. Habían tenido relaciones y más tarde, en la cama, ese amigo le soltó que ella jamás se casaría ni recibiría una serenata porque las mujeres exóticas jamás se casan; más tarde fueron las vecinas chismosas de la colonia y después sus más cercanas amigas. Estaba hecho, se lo habían dicho, la habían sentenciando a una vida de soledad. Ahora que Esteban estaba muerto, tenía qué pensar cómo vivirían las dos, de qué se mantendrían.

La pensión que Esteban había dejado era pobrísima, no alcanzaba para mucho. Decidió buscar empleo. Al pueblo, con la nueva administración del gobierno, habían llegado nuevas compañías en donde ella podría encontrar trabajo.

Ella quería pasar desapercibida luego de la muerte de Esteban. Le molestaba que le preguntaran sobre los motivos, por qué había muerto su padre, así que prefería esconderse y andar de noche. Salía solo para comprar lo necesario y luego volvía a casa y se encerraba. Esa empresa le había gustado porque el trabajo se hacía en la noche, a oscuras, cuando todos dormían; le pareció buena idea y fue donde las oficinas a entregar su currículum. En realidad no había escrito experiencia profesional porque no tenía ninguna,

nadie la había contratado porque era negra y en los pueblos eso era un pecado así que solo aparecía su nombre, habilidades y grado de estudios.

La entregó al jefe de recursos humanos y partió a casa a esperar. Recibió una llamada telefónica del jefe, la solicitaban para el empleo; la citaron a una hora determinada y la entrevistaron. Bombay tenía todas las cualidades necesarias: tenía disposición para ayudar a otros, podía cargar cosas pesadas y sobre todo, era tolerante a los malos olores. Al día siguiente comenzaría. El trabajo que ella desempeñaría era en la madrugada.

El momento del día era perfecto, pensó ella, así no tenía que dar explicaciones a nadie: podría trabajar a gusto. El jefe le presentó a sus compañeros de trabajo: todos hombres, todos musculosos, feos y de mal olor. Se sintió un poco cohibida con las conductas de sus compañeros de trabajo; eran toscos, y bastante brutos: se reían a carcajada suelta y tenían maneras poco ortodoxas de comportarse.

Aún así trabajaría con ellos. Necesitaba el dinero y sobre todo salir del encierro de la casa, quería pensar en otra cosa y no en la muerte de su padre. La cita era a las 12 de la noche, en el jardín central, de allí partirían para hacer el recorrido. La indumentaria de trabajo era un uniforme grueso de color amarillo, unos enormes guantes naranjas y botas con punta de hierro. No se veía elegante, más bien lucía fea con esa ropa. Había llevado recogido el cabello y no había usado lápiz labial. Se sentía extraña y confundida, pero también el asunto del trabajo la hacía sentirse bien consigo misma. Al fin tenía empleo y eso la enorgullecía. Creía que ahora podría ser más independiente y probablemente su autoestima mejorara aunque fuera un poco. Tal vez y solo tal vez eso se reflejara en su modo de ser y posiblemente encontrara a alguien que quisiera estar con ella: un hombre. Para realizar el trabajo tenía que subirse en la parte trasera del camión, montarse

en la carrocería y avanzar fuertemente sujetada del tubo que se encontraba incrustado en el final del carro.

Al principio la mecánica le resultó peligrosa y tuvo un poco de miedo, pero sus compañeros la animaron a sujetarse fuertemente de la barra trasera y le sugirieron colocar los pies en la fasia del camión. Los olores que despedía el vehículo eran insopportables y al principio, en las primeras semanas sintió nauseas todo el tiempo. Conforme pasaron los días fue acostumbrándose a la mecánica del trabajo e incluso comenzó a hacérsele divertida.

Daba un brinco del camión y corría a recoger las bolsas de desechos frente a las casas, las arrojaba al camión y subía nuevamente a su posición. Luego de un tiempo, sus compañeros de trabajo comenzaron a hablarle y a interesarse en ella. Le preguntaron por qué había escogido ese trabajo y no otro como por ejemplo recepción o algo más exótico como de mesera. Ella dijo “Es lo único que hay”. Sus compañeros pensaban lo mismo. El trabajo de limpieza también era para ellos lo único que había. Fue descubriendo poco a poco que los recolectores de basura eran justo esas personas que la misma sociedad veía como desechos; que ellos se sentían también un desecho de la ciudad en donde vivían y por tanto trabajaban recogiendo las suciedades de la ciudad. Todos eran patibularios, oscuros, toscos, vulgares y pobres. Algunos de ellos provenían de la cárcel por acusaciones como violación o asesinato. En ningún lugar, así como a ella, les daban trabajo y optaban por lo único que había: recoger la mugre de la ciudad.

Ella también se pensó como un desecho, solo que uno diferente, uno que venía de buena familia pero que así como ellos, había sido relegada a un tipo de vida que no le gustaba. Al igual que ellos su condición no gustaba a nadie: tenía cincuenta años y era una mujer sola, negra, pobre y sin hijos... qué podía importar eso, pensó, no había matado a nadie, pero en realidad sí importaba.

El pueblo en donde vivía la había hecho trabajar en el servicio de limpieza, de barrendera o incluso de chalán con los albañiles cuando ella tenía un título universitario. Es que era inconcebible ser negra y tener título universitario. Sin querer y sin saber cómo, se había convertido en eso que la sociedad no quiere. No estaba segura de cuál era la causa, suponía tenía que ver con algo que tenía dentro de su genética. Ahora con ese trabajo había encontrado refugio: la noche, la basura y sus compañeros patibularios. Se dio cuenta que entre ellos y ella no había diferencia alguna.

Ambos sufrían carencias económicas y se veían constreñidos a esconderse en un trabajo que los obligaba a levantar lo que los otros tiraban. Poco a poco fue sintiéndose parte del grupo: compartía con ellos la fortaleza y la rudeza que la propia vida va acumulando en la personalidad de los que sufren; odiaba como ellos a los que sí tenían lo que hacía falta y se mofaba como ellos de esa sociedad excluyente. Era parte del grupo pues todos se las habían ingeniado para capotear los desprecios y las humillaciones que la sociedad les hacía. Dentro del grupo con el que regularmente trabajaba había un chico no muy mayor, tal vez de treinta y cinco años.

Era joven, pero pensaba casi como un hombre, como uno tan grande como ella. Había sufrido tanto y le había sido necesario madurar muy pronto Tenía todos los vicios y por lo mismo su cuerpo no era de alguien joven, se veía mayor. Se llamaba Román. Le gustó su nombre, era tan de novela, era tan cursi, podría ser un personaje de una aventura romántica como esas que su madre leía de noche. Poco a poco fue haciéndose amiga de él, le llevaba décadas, pero se entendían. Román vivía en una colonia pobre y era huérfano.

Había vivido en el orfanatorio hasta los dieciocho y más tarde, cuando la casa hogar ya no podía sostenerlo, comenzó

a vivir en las calles. Era de esos chicos que tragaban fuego por unas monedas entre las avenidas principales. Desde muy chico había consumido drogas y de vez en cuando entraba a las tiendas departamentales para asaltar. Sobrevivía por sí mismo y para sí mismo, no había nadie más. Se hicieron muy amigos. Se ayudaban en el trabajo. Un día Román la invitó a tomar un café en el Bretón: un café caro de la ciudad, de muy buen gusto. Ella se sorprendió un poco y al principio se negó, la idea de que Román fuera tan joven para ella, le causaba problemas. La primera vez que él la invitó Bombay le dijo que no, pero Román no se dio por vencido y continuó insistiendo hasta que ella finalmente le dijo que sí.

Y salieron de día y comieron todo lo que quisieron y entre ambos pagaron la cuenta. Había salido todo tan bien que continuaron saliendo en las madrugadas, cuando terminaban la jornada de trabajo. Iban al MacDonalds y compraban un burrito de huevo con jamón y se quedaban contemplando la ciudad hasta que se hacía de día y los pájaros de la mañana dejaban de cantar. Se sentían tan a gusto uno con el otro que hubo un momento en que ya no pudieron separarse.

Román le pidió a Bombay que fuera su novia y ella dijo sí, así sí pensarlo mucho. Ahora tendría que hablar con mamá y explicarle que tenía una relación. Estaba segura que mamá pensaba lo que todo el mundo creía de ella, que se quedaría sola, así que aceptaría a Román. Mamá lo recibió en su casa, todos hablaron sobre cómo serían las cosas ahora. Bombay estaba consciente de que mamá necesitaba parte del de dinero que ella recibía del servicio de limpia, así que no dejaría de pasarle una pensión quincenalmente e iría a visitarla todos los días

El trato era que Román y Bombay vivirían en casa de él, en el barrio pobre. La vida les pintó bien, no tuvieron hijos, pero eso no importaba... continuaron con el servicio de limpia de la ciudad.

Ansias

7

Ella tiene vida

14

Al morir Shanghái

19

Historia en un acto
Palabras del masturbador
anónimo

22

Bombay

29

AL MORIR SHANGHÁI
DE ELISE CARR

S E T E R M I N Ó D E I M P R I M I R
E N A B R I L D E 2 0 I 8
E N C A S A H E R R I N G
Q U E R É T A R O , Q R O .
E D I C I Ó N A C A R G O D E
OLIVER H.